



## MEDITACIÓN I

---

NOCHE SINGULAR

DE LA CUAL SALIÓ EL PRESENTE LIBRO

Aunque todo el día lo pasé hablando muy mal de Coleta, no por eso cambió mi modo de ser, ni me sentí aliviado de mis penas. Volvíme a casa, tan descontento de mí, como hombre que se ha rebajado a cometer una falta que él mismo vituperaría en otro cualquiera, y, en verdad, sintiéndome más enfermo que nunca de mi amor por ella. Las tardes de Febrero, con sus nieblas frías y lúgubres, atacan los nervios y predisponen a la tristeza. Mi criado, al verme, encendió la lámpara y me senté al lado de la chimenea, en mi cuarto de la calle de Varenne, cuarto hoy para mí de tanto pesar, como en otro tiempo de tanto amor. Las caricias de entonces, hace ya dos años, se presentaron a mi memoria; «*grande meretricii ævi spatium*» como diría el señor Aubert, mi antiguo catedrático de Retórica. Estos recuerdos me produjeron una amargura inmensa que invadió mi corazón, y, como de costumbre, empecé a hacerme reflexiones. «¡Cómo es eso, Claudio Larcher, amigo mío; su-

fres, siendo así que la has abandonado! Sí; tú, tú la has dejado y, sin embargo, tienes ahí, en un cajón, al alcance de tu mano, algunas cartas tuyas en las que te suplica vuelvas a su lado, cartas a las cuales, para satisfacer tu exaltado amor propio, hubiste de contestar en son de burla y con acerbos y puzantes ironías... ¡Qué linda es, con su cabello rubio claro, sus ojos azules y su excitante boca!... Pero esta hermosa se ha prostituído ante ti, ha satisfecho en demasía todos tus deseos, y, por consiguiente, no es posible que te ofrezca sensaciones nuevas. En cuanto a su corazón, recuerda te inspiraba un horror tal, que te indujo a dejarla; porque sabes de sobra que no existe ninguno tan pérfido ni tan desleal como el suyo. Y bien; ¿por qué, fijo en tu mente todo esto, sientes ahí, en el lado izquierdo del pecho, ese puzante dolor ocasionado por la sola idea de que ella existe? ¿Por qué esa sensación penosa que te produce en el alma la memoria de una palabra suya, el recuerdo de un rincón del cielo gozado en su compañía, la presencia de un amigo a quien vieras una vez cuando, llevándola tú del brazo, volvías una esquina? ¿Por qué, sobre todo, este monstruoso deseo de hacerla daño?...»

¡Ah! ¡si yo pudiera satisfacer mi anhelo!...

Y al pensar así, cerré los ojos y contemplé, cual si estuviera delante, aquel cuerpo, cuyas formas son tan bellas como seductoras, aquellos hombros redondos y finos a la vez, aquella torneada garganta, aquellos ojos brindando a raudales la dicha, toda ella, en fin, arrebatadora cual ninguna, y vi con fruición que yo, con un cuchillo, desgarraba aquella carne, ensangrataba aquellos miembros y sentía sus estre-

mecimientos y su dolor bajo la punta del acero... No, nunca obraré de este modo, porque en mí, sér civilizado de la decadencia, la acción no puede hermanarse con el deseo... ¡Justo Dios! Cúantas veces he soñado lo mismo, y esto sólo me alivia. ¡Oh! ¡Qué visión más horrible!...

\* \* \*

Es una cosa indudable; este acceso de furor calma algún tanto mis dolores, me decía yo un poco más tarde procediendo a mi tocado de *soirée* y tuve hasta un momento de franca alegría repitiendo en alta voz la frase de Boisgommeux en la *Petite Marquise*: «Esto es el amor»... En verdad que esta noche estaría yo muy alegre, si por la mañana hubiera matado a Coleta. Y luego ¡qué tranquilo sería mi sueño al tener la certidumbre de que ya nadie poseería a esa mujer, de que ninguna boca pronunciaría halagos para ella, de que ningún corazón de hombre, en fin, palparía a impulsos de su amor!... Si dentro de poco, en la casa adonde voy comer, alguno de los convidados dijera: «¿Os acordáis de Coleta Rigaud?... Ha muerto de repente ayer en San Petersburgo...» ¡Qué delicia inundaría mi corazón! Pero no, esto no es bastante; quisiera saber también que ha tenido horribles sufrimientos... ¡Y la amo!... ¿Qué la desearía, pues, si la aborreciera?

Había concluído de vestirme tomando el amargo ajenjo del rencor, que además de lo amargo, coincide con el licor de este nombre en que no facilita el apetito, pero le pone a uno malo y loco. Seguí dando vueltas a mi constante idea, mientras iba

en el coche que me llevaba, y desperté como de un sueño, cuando entré en el vestíbulo del hotel en donde iba yo a comer. Me encontré de pronto en pleno lujo moderno, el lujo del bolsista, que aburrido y cabizbajo hace diez años en los pasillos de la Bolsa, ha llegado, por un capricho de la suerte, a un grado extraordinario de fortuna. Empezó montando un establecimiento de coches, y ya, por entonces, Jorge Gallois se permitía el lujo de tratarse con artistas, de no faltar a ningún estreno en los teatros, ni dejar de concurrir a la apertura de todas las Exposiciones. Con su tez pálida y ya marchita, con sus ojos negros, que presentan en su cara exangüe el brillo de los ojos de un retrato, con sus manos delgadas, en las que relucen algunas sortijas, con su elegancia, propia e irreprochable, su bigote fino y su frente calva, es el tipo de un ente social indefinido, que lo mismo puede ser un individuo de origen obscuro, que un personaje de elevada alcurnia; un simple noticiero en Bolsa, que un gran financiero; un usurero hipócrita, que vividor del bolsillo de los demás; un diplomático hábil, que un mundano sospechoso... Nadie a primera vista pudiera determinarlo. El engaño bursátil que arruinó a tantas personas, sirvió para enriquecerle a él. Cuando era joven no le conocí más que queridas vulgares... a quienes abandonaba con la misma facilidad con que en una escalera el pie pasa de un escalón a otro. ¡He aquí un hombre cuyo corazón envidio! Rico ya, se casó con una mujer que, si bien fea, representaba dos millones de francos y una parentela distinguida. Él consiguió reducir a su esposa a la esclavitud con las formas más corteses;

pero de un modo tan absoluto, que es un trabajo digno de admiración. Quizás por ello sea esa una de las pocas casas que me gusta frecuentar, pues ciertamente me siento allí vengado de mis cobardías para con las mujeres. Eramos diez y seis en la mesa, incluso yo. La comida fué espléndida. El comedor, el servicio, lo mismo que el salón y la sala de fumar, adonde fuimos después de comer, son de exquisito gusto. Gallois tiene pocos cuadros, pero escogidos. Nada hay en aquella casa que no sea perfectamente correcto, ni que dé lugar a creer que se halla uno en los salones de un advenedizo. Sólo un príncipe heredero o un banquero israelita puede conseguir tener algunos objetos de arte como los que adornan dicha morada. Pero... ¡Siempre hay un *pero!* especialmente cuando se habla o se escribe con el fin principal de pasar el tiempo; y puesto que lo hay, bueno es decir aquí que en la mencionada casa, si bien es verdad que todo es correcto, el propósito está demasiado bien conseguido. No se halla ni una nota discordante, y esto produce una determinada impresión que nos hace pensar en lo ficticio; lo mismo sucede con la cortesía de mi anfitrión, es por demás igual, perfectamente completa y excesivamente sostenida. Gallois realiza en demasía el tipo ideal del hombre de mundo.

Estábamos sentados, después de comer, en la sala de fumar digiriendo tranquilamente la succulenta comida y tomando verdadero aguardiente de 1810 delante de un cuadro de Rubéns, adquirido en la venta del mobiliario de un inglés. Contemplaba yo con mucha atención en aquel maravilloso lienzo la atlé-

tica musculatura de Hércules ahogando al león y examinaba el colorido azulado del paisaje, pensando al mismo tiempo en este problema, siempre insoluble: condiciones de vida en las obras de arte... cuando el nombre de una mujer, cuya hermosura había yo admirado en no sé qué *soirée*, llegó a mi oído: escuché, y me fué dado asistir a una de las más finas y más completas disecciones de carácter que haya presenciado nunca, y cuenta que estos trabajos de escalpelo los conozco bien, puesto que es lo que me da el pan de cada día. El operador era un lindo y delgado joven, con chaleco blanco, que apenas habló durante la comida; pero en aquel momento todas sus frases daban en el blanco; nada dejaba intacto en aquella encantadora mujer, a quien analizaba; la mostraba más falsa aún en su naturaleza, que en sus acciones, y la consideraba incapaz de una emoción verdadera; pero muy diestra en servirse de sus más pequeñas sensaciones, como de un lunar que se coloca al lado del ojo. Aquel joven hacía también de ella una descripción tan perfecta, que me la estaba yo representando delgada y rubia, de un rubio de ondina, con dientes de lobo joven en una boca pequeña y seductora, con un estómago de acero, bajo unas formas delicadas, con nervios fortísimos y apariencia lánguida.

—¡Qué golpe de vista tiene!—dije a mi amigo y compañero Casal cuando salíamos de la sala de fumar—; este joven valdría mucho si escribiera como habla...

Raimundo se puso un dedo en la boca.

—Es un necio—me contestó—; pero el odio ha des-

pertado su inteligencia esta noche, y parece otro... Ha sido durante diez y ocho meses, si no me equivoco, el amante de esa mujer... y esto no deja de ser singular ¿no es verdad?

\* \* \*

Casal tiene razón, me decía yo a mí mismo, saliendo a pie y solo del hotel de Gallois en una noche fría y hermosa... «No deja de ser singular...» Pues bien, yo soy por lo visto el único hombre a quien el amor vuelve furioso. Es preciso que ese joven aborrezca a esa mujer con todos sus sentidos, para que olvide de ese modo los principios más elementales de la delicadeza, difamando delante de diez personas a su querida de ayer y tal vez de mañana. ¿Y esto es amor?... Un odio feroz entre dos *conjunciones*... Esta definición me alegró y además habíame encontrado con un compañero de sufrimientos, cosa que siempre consuela. Anduve de prisa hasta el boulevard y me dirigí hacia la plaza Vendôme, entrando en el Círculo en la creencia de hallar allí a alguno de mis compañeros habituales con quien pudiera matar un par de horas antes de acostarme. No había nadie, eran las once. Se me ocurrió la idea de ir a la Redacción del periódico *El Conservador*, en donde pensé hallar al hombre que peor habla de las mujeres en París, a mi antiguo colega Rodolfo Accard, el periodista de estos tiempos que más artículos haya quizás escrito; pero que menos los ha firmado. ¡Y qué originales!... Accard tendrá unos cincuenta años, es tan sucio, iba a decir como su peine, si hubiera peinado

alguna vez sus enmarañados cabellos o su inculta barba. Tiene dientes capaces de romper un hueso de melocotón; pero tan amarillos como el tubo de su pipa; manos que no se han puesto nunca en contacto con el agua; la estatura de un gigante, la anchura de espaldas de un bebedor de cerveza, los ojos azules y la más astuta mirada, disimulada por los cristales de unos quevedos, cuyo cordón siempre está roto y añadido por veinte sitios. Accard es tan cuerdo como Jorge Gallois, en sus relaciones con el sexo femenino, sus costumbres son francas y sencillas; dice, a quien quiere oírle, que él nunca ha poseído más que «prostitutas». Para explicarse este gusto particular, es necesario saber que estas mujeres son las únicas que un hombre pueda ofrecerse, sin gastar mucho, desde la una de la tarde; que abundan en la calle Montmartre y sus alrededores; que este es el barrio en donde están establecidas las Redacciones de muchos periódicos y que Accard es un periodista maniático, rabioso; puede decirse que no tiene más que una pasión, una idea y un vicio: el periódico. A Buloz le pasaba lo mismo con su *Revista*, y desde que éste ha muerto, creo que a nadie le gusta tanto el olor del papel recién impreso como a Accard.

A eso de las dos llega a la Redacción, advierto que oficialmente no es más que cronista; pero le gusta leer los periódicos de la mañana y a las cuatro sabe todo lo que éstos dicen. Se entera luego de los partes telegráficos y de las sesiones de las Cámaras. A las seis se encierra en un pequeño despacho, de que él se ha apoderado y que contiene una colección del periódico desde 1840, época en que fué fundado por

Montalembert, nada menos. Accard escribe un artículo y, si las circunstancias lo exigen, escribirá otro y otro.

A las siete se va a comer a un pequeño restaurant, del que es asiduo parroquiano y que está cerca de *El Conservador*. A eso de las ocho da su paseo higiénico durante una hora, poco más o menos, por la acera del boulevard que se halla delante de la Redacción. Sube a las nueve; no hay nadie todavía; el director está convidado a comer, el redactor en jefe se halla en el teatro, los *reporters* andan corriendo en busca de noticias y hasta el secretario se retrasa, porque ha aceptado un convite en casa de un novelista que está preparando la publicación de su «Estudio» psicológico, intuitivista, naturalista, simbolista, verístico o... fanfarronista. En este momento empieza, para el verdadero periodista, una verdadera angustia, que tiene el carácter de cotidiana. Es como para el cocinero de pura raza una comida que no ha de faltar a la hora marcada, cual un mate para el jugador de ajedrez, como una contra para un aficionado a la esgrima y como una batalla para un general. Todas las pasiones son hermanas, se parecen por la intensidad de su paroxismo y su especialidad. Accard examina con minuciosidad todas las pruebas de imprenta, pues sufre mucho cuando ve una de esas monstruosas erratas que deshonran a la Prensa y que, sin embargo, no existe periódico que no halle en sus anales algún estupendo disparate. Luego hay un blanco, es preciso llenarle y nuestro amigo escribe un suelto o dos, o varios. ¡Ah! ¡El suelto a última hora, los diez renglones en que se ataca al ministro,

en que se critica a tal o cual colega o en que se emplea el epigrama contra un diputado!... El suelto de necesidad y de recurso, esta sí que es una prueba para el periodista. Con qué tristeza recuerda Accard los del Français de hace un año... «El molde se ha perdido...» dice. A las doce y media de la noche todos están cansados, menos él. El director va a acostarse, el redactor en jefe también; pero Accard se queda con el secretario para corregir la última prueba del periódico; cuando la ha visto, vuelve a su casa canturreando un trozo de ópera, que nadie conoce; tan desfigurado está. La mañana del siguiente la dedicará Accard a su grande obra, siempre por acabar, «*Del derecho divino en sus relaciones con el derecho histórico*». Establece en ella una tesis de la que depende, según su parecer y según el mío, el porvenir del país, la identidad entre la concepción mística de la monarquía y la concepción moderna científica. Este profundo político es el hombre más feliz que yo conozco. En cuanto a las mujeres tiene la opinión muy arraigada: «Ninguna sabe corregir pruebas; ni siquiera madame Sand...»

—Monsieur Accard—me dice el ordenanza—ha salido ayer de París, porque su madre se está muriendo.

Esto no le sucede a nadie más que a mí... murmuré para mis adentros. Entré, sin embargo, en la Redacción para leer los periódicos de la noche; allí vi a dos jóvenes, que no conozco, muy atareados bebiendo cerveza; a otro, algo conocido mío, ocupado en recortar noticias, y jugando al boliche otro a quien no quiero conocer ya, desde que ha hablado mal de mí, después de haberme pedido dinero para pagar el

parto de su querida. Me siento maquinalmente, leo dos o tres periódicos y encuentro esta noticia:

«Un espantoso drama ha llenado de consternación al lindo pueblecito de Saint-Sauve (Puy-de-Dôme). Un joven labrador, llamado Pedro Fauchery, estaba a punto de casarse con una muchacha del mismo pueblo. Todo se hallaba ya preparado para la boda, cuando Fauchery recibió un anónimo en que le decían que su novia había sido la querida de uno de los principales propietarios del país. Excitado Fauchery por un acceso de celos, que no se explica sino por el furor de la pasión, y habiendo sorprendido a la muchacha hablando con el que consideraba como su rival, dió muerte a ambos y se ahorcó después. La joven recibió más de treinta heridas, veinte de ellas en la cara, que quedó completamente hecha trizas.»

\* \* \*

Me hallé otra vez en el boulevard y pensaba: cómo en el campo también, en la vida puramente natural, se encuentra el odio lo mismo que en el mundo en que ha amado el joven que estaba en casa de mi anfitrión, que en el demi-monde en que he amado yo. Sí; el odio, cuando se ama, y la desesperación; y cuando no se ama, cuando se trata a la mujer cual un instrumento de ambición, como Gallois, o de higiene, como Accard, se goza de una paz absoluta y de una completa alegría. Probemos.. Y empujado por una multitud de ideas asociadas, me encaminé hacia Phillips, la cantina de la calle Godot de Mauroy, con la esperanza, como eran las doce, de encontrar allí a

alguno de los miembros de nuestra sociedad de intemperancia mutua, con quien ir a pasar un rato a alguna casa *non sancta* y comparar impresiones.

Amor sin escándalo y placer sin que el corazón se interese. Y he aquí que en la misma puerta de la cantina tropiezo con Marchault, el maestro de esgrima, y con La Môle, que subían a un coche.

—¿Venís con nosotros a cenar al Petit Figon?— me preguntó el último, que apenas se sostenía en pie—. Allí estarán Savense, Jardes, Bohem y algunas niñas. Yo convido...

Acepté ¡y... a quién encontré entre las cinco vividoras que allí se hallaban reunidas por la casualidad! A la designada con el seudónimo de *Saint Cygne*, de la mejor nobleza camera, como dice Gladys Harvéy, y más conocida por el nombre característico de *Leda Canot*; pero ello es que no dejó de estremecerse mi corazón enfermo, como se estremece cada vez que la veo, porque esa esbelta y linda muchacha se parece mucho a Coleta; es, en verdad, una Coleta, algo más gastada que aquélla; pero a cuyo lado he ido muchas veces, en estos últimos tiempos, a olvidar a la vez que a recordar a la otra... En la noche de que voy hablando, la acompañé a su domicilio, a eso de las dos de la madrugada; vive en una habitación amueblada de la calle de Teherán, como una principiante. Existe en dicha calle una casa que sirve para lanzar al mundo de los vividores todas las nuevas reclutas de Citerea y a muchas he conocido en diez años; mas a ninguna he visitado con tanto afán amoroso como a esta falsa Coleta. ¡Que extraña sensación produce al tener a su lado y estrechar contra su

corazón a una mujer que no es la que se ama y en cuya boca se busca la boca de la que es amada, porque aquélla tiene casi las mismas facciones, idénticos ojos, juntamente con un gran parecido! Y mientras tanto se está pensando en que la que se ama se halla al lado de otro, como uno se encuentra cerca de la que se le parece y hay un minuto, un segundo en que el dolor producido por dicho pensamiento, la amargura de la sustitución y el ardor de la carne se unen en deleite tristísimo. ¡Ah! ¡El placer en que no toma parte el corazón! Para gustarle, sería preciso no tener el alma enferma por tanto sufrimiento. ¡Oh, locura... locura!

Estábamos recostados en el borde de la ancha cama de aquel cuarto de prostituta, rico y pobre a la vez, en el que se veían alhajas riquísimas caídas sobre la alfombra, manchada de esperma, y estábamos fumando cigarrillos de papel. Leda, con los cabellos sueltos y con la cabeza apoyada en un brazo; yo, medio embelesado, contemplando su lindo rostro, hermano de la que tanto daño me ha hecho, rostro que presenta las profundas huellas de constante fatiga con que la ha marcado su existencia de mujer pagada para el placer. ¡Con qué facilidad me hubiera yo echado a llorar, entregado como lo estaba a la profunda melancolía del libertinaje, que no había ido a buscar allí! En los tres meses que la conozco, Leda se ha hecho amiga mía, sabe quién soy, ha leído mis libros y algunos de mis compañeros le han contado mi historia.

—¿Y tu Coleta?— me dijo, viéndome tan triste—. ¿Estás siempre pensando en ella?

—Siempre...—contesté, encogiéndome de hombros.  
—¡Pobrecillo!—repuso Leda—. ¿No es verdad que el amor hace sufrir?

Esa desdichada mujer posee una infinita dulzura, producida, a mi parecer, por la ternura innata en ella y por el cansancio de la vida que lleva; esta observación me hace comprender el modo de obrar de los llamados *redentoristas*, o sean los hombres que van a escoger su querida, y algunas veces su mujer, a las casas de lenocinio. Leda se incorporó y me prodigó una caricia por compasión. El movimiento que hizo, agitó una cintita de terciopelo que llevaba al cuello y vi en él una mancha amarilla, algo de maceración en un sitio, del tamaño de una moneda de cinco francos. Sin duda la había alguien pellizcado con gran presión, retorciendo a propósito la piel para hacerla daño.

—No es nada—respondió a la pregunta que la hice—. Y añadió con triste sonrisa: —Es Alfredo...

—¿Quién es Alfredo?—la pregunté.

—Mi amante, no como tú; ¿sabes? uno que me ama...

—¿Te pega?

—Alguna vez—contestó con sencillez.

—¿Y le quieres?...

—¡Ya lo creo! y él a mí también. Pero, qué se ha de hacer, es un pobre empleado y como no puede llevarme a su casa, es muy natural que los celos le pongan fuera de sí.

\* \* \*

Estas palabras, de suyo tan tristes como ingenuas, que solamente esa clase de mujeres saben usar, concordaban de tal modo con los pensamientos que me habían asediado toda la noche, que las estaba repitiendo aún, tendido una hora más tarde en mi propia cama, pues hube de abandonar la casa de Leda poco antes del amanecer, para que no se me viera con frac por la calle, a las diez de la mañana. No podía dormir, porque la insulsa calaverada que acababa de hacer había exasperado mi sistema nervioso, y más que nunca el recuerdo de Coleta me molestaba, produciéndome el efecto de un derrame de bilis que inundaba todo mi sér, y no cesaba de repetir: «¡Esto es el amor!...» pero ahora sin las ironías de Boissieu. Maquinalmente, un antiguo instinto de literato que vive en mí y me seguirá hasta la muerte, presentaba a mi memoria todas las definiciones que se han dado a la palabra «amor» y ninguna de las que recordaba cuadraba bien con la que yo sentía tan vivamente. Me acordé entonces de que mi profesor M. Taine me había hablado con admiración de una frase del diccionario de medicina de Nysten, citada ya por Dumas en uno de sus hermosos prefacios. Salté de la cama y héteme aquí en mi biblioteca, con la luz en la mano, buscando este enorme libro, que compré hace cinco años, cuando yo creía todavía esa mentira: la de trabajar para tener ingenio; como si Prevost hubiese trabajado en el sentido expuesto su *Manou*; Diderot, su *Neveu*, Voltaire su *Cándido*, y Benjamín su *Adolfo*, obras todas que merecen el calificativo de maestras y que fueron escritas sin rebuscar y comparar conceptos y sin alteraciones frecuentes. En el dic-

cionario encontré lo que sigue: «*Amor*. Significa en fisiología el conjunto de los fenómenos cerebrales que constituyen el instinto sensual: es el punto de partida de actos intelectuales y de numerosas acciones, que varían según los individuos y las condiciones; es con frecuencia el productor de aberraciones que el higienista, el médico legista y el legislador están llamados a prevenir o a interpretar... *En la mayor parte de los mamíferos, y algunas veces en el hombre, el instinto de destrucción entra en juego al mismo tiempo que el amor sexual...*» El placer que esta frase me produjo fué tan grande, que dejé de sufrir durante algunos minutos. Me volví a la cama y apagué la luz; pero continuó el insomnio, y nuevos pensamientos me asaltaron, muy parecidos a los de un médico que ve en la enfermedad que él padece un caso curioso que estudiar. ¡Sí! La frase es verdadera, el concepto es innegable; lo siento en mí, no obstante hallarme tan lejos de ella, y lo experimento de un modo tal, que no da lugar a dudas. ¿Era esto también verdadero en la época de los antiguos caballeros y del amor dantesco en los días de Pascal y de su discurso, en los de Racine y de sus tragedias? Es evidente que no, y ni siquiera en los de Beyle... ¿El hombre de estos tiempos civilizados se asemejará acaso al bruto primitivo? Muchas veces he entrevisto esta idea al pensar en la extraña Europa actual, en que estamos a punto de reproducir las grandes guerras de los bárbaros, poseyendo la ciencia que aquellos no tenían... ¡El amor moderno, pues, y el amor salvaje, serían lo mismo, con el adulterio, con la prostitución y con el sadismo además!... Apenas

hube pronunciado mentalmente estas palabras, apareció en mí el escritor, y se me figuró ver una cubierta de papel amarillo y hermosas letras que decían:

### FISIOLOGÍA DEL AMOR MODERNO

POR CLAUDIO LERCHER

Este título me fascina, mi cabeza se exalta, olvido al periodista Accard, al diplomático Gallois, al joven Sicofante, que difamaba a su querida cuando yo contemplaba el cuadro de Rubens, al asesino Fauchery, a Casal, a Marchaul, a la Môle... Olvido a Coleta y envolviéndome en mi gabán forrado de piel para no enfriarme, me siento delante de la mesa que se halla en mi cuarto de dormir y escribo este primer capítulo en el revés de media docena de esquelas de casamiento o de defunción. Si los demás capítulos me divierten tanto como este al escribirlos, mejor es eso que ir a embriagarme con aguardiente a casa de Phillips o exponerme a contraer una enfermedad en la espina dorsal con alguna Leda. En fin, ya veremos.